

FANTASMAS QUE VUELVEN

Por Joan FUSTER

EL asunto ha sido muy comentado por la Prensa de medio mundo: de medio, al menos. Se trata de la escandalosa «caza de brujas» que parece haberse desencadenado en la República Federal Alemana. Es, desde luego, la «caza del rojo», y, como suele ocurrir en estos casos —porque los precedentes abundan—, no hace falta que alguien sea exactamente «rojo» para que la jauría oficial se le eche encima. Las noticias que han trascendido inducen a creer que la situación empieza a ponerse fea. De momento, un tupido tamiz administrativo impide el acceso a determinados empleos a cualquier persona sospechosa de profesar ideas incorrectas. Por ejemplo, el individuo objeto de suspicacias no puede ser funcionario del Estado —oficinista, maestro de escuela, conductor de locomotora, quizá ni cartero—, y la congelación profesional puede ir bastante más allá. Cuentan también que las censuras legales o subrepticias frenan no poco el trabajo en el ramo intelectual. Otras anécdotas, de relevancia menor desde el punto de vista periodístico, pero igualmente significativas, completan el panorama. Supongo que la excusa justificatoria será que la operación consiste, y no más, en una «defensa de la Constitución». Y hasta es probable que digan: «Defensa de las libertades públicas.»

Por supuesto, eso ha ocurrido y puede ocurrir en las mejores familias, y valga el giro. Ya lo acabo de insinuar. Un bello «precedente» sería, sin ir más lejos, el norteamericano del senador McCarthy. Este sujeto pasó a la historia por su genial capacidad de persecución y por la no menos enorme habilidad que tuvo para que le tolerasen, o le aprobasen, la maniobra. Si en los «libres» Estados Unidos pudo desarrollarse aquel episodio ignominioso, ¿qué cabe esperar de una Alemania que aún no ha digerido el nazismo? De entrada, un observador ingenuo podría imaginar que, mandando alternativamente o camuflados, unos señores que se llaman «socialistas» y unos señores que se llaman «demócratas-cristianos», el problema resulta inverosímil. Los caminos de la hipocresía política son muy curiosos, si bien se mira. Por ahí anda suelto cada «socialista» y cada «demócrata-cristiano» que Dios nos guarde de caer bajo su férula. Me abstengo de aventurar paralelismos amenazadores, caseros, porque correría el riesgo de que me acusasen de incordiar y de boicotear nuestras divertidas «plataformas

unitarias». No estará de sobra desconfiar por principio. Un viejo refrán castellano aconseja: «Cuando las barbas de tu vecino veas rapar, pon las tuyas a remojar». El uso de rasuradoras eléctricas no altera el planteamiento.

De todos modos, cuando se habla de Alemania —de ambas, ¡ay!—, uno no puede evitar un escalofrío especial. Me gustaría evitar equívocos. No soy de los que opinan que un fulano, por ser esto o lo otro —alemán, o inglés, o francés, o...—, queda fijamente condicionado en su comportamiento civil. Sin embargo... En los tinglados germánicos de hoy, ¿pesa mucho o nada «su» tradición mejor, la de Heine y Schiller, la de Thomas Mann, la de, si me apuran, de Kant, de Hegel, de Nietzsche, de Marx, de Einstein, de etcétera? ¿O priva todavía Hitler? ¿No da una mija de angustia que el debate se centre en un «Kulturkampf» y un «Mein Kampf»? Después de la derrota del III Reich, la «democracia», apoyada por los occidentales —las potencias occidentales, se entiende—, no ha sabido consolidarse sin las consabidas adhesiones de hipotéticos «trasfugas» nazis. Era inevitable. Al darle la vuelta a la tortilla, los cambios de casaca —de camisa— tuvieron que ser infinitos. El nazi que esquivó las represalias iniciales, a la larga, volvió a intervenir. Las denuncias de la presencia «ex nazi» en los altos cargos de la República Alemana Federal se han repetido: «socialistas», «demócrata-cristianos». ¿Era inevitable? Me temo que sí. Al fin y al cabo nadie —en Alemania y fuera de Alemania— era tan «antinazi» como decía. Ni Adenauer ni Brandt.

Espero que no se me acuse de «racismo» si confieso mi cándida aprensión acerca de «lo alemán», globalmente considerado. Ellos fueron los «racistas», y han de pensar hoy, «a posteriori», con la réplica automática. Los vencedores de la última guerra mundial, Churchill, Stalin, Roosevelt, De Gaulle —¿a quién venció nunca De Gaulle, excepto en el truco electoral?—, pensaron, y pensaron bien, que convenía «despedazar» a Alemania. Se limitaron a dividirla en dos. Y ellos no se dividieron, claro está. Desmontar la eterna Alemania belicosa era una tontería si Francia, y Gran Bretaña, y la Unión Soviética, y los Estados Unidos continuaban «concentrados». El imbécil de Mauriac se regocija ante el espectáculo de una Alemania dividida, mientras cultivaba su grotesco y pernicioso «chevinisme» de pollastre galo. La multiseccular guerra franco-prusiana quedaba en pie. Sólo que

con otro enfoque. El revanchismo alemán ya no será «nacional»: será de «clase». Las dos Alemanias son, aparentemente, dos mundos. Pero, entre pecho y espalda, el mandamás de Bonn añora a Hitler. Para él, el indígena —alemán— que no se somete es... Pongamos: un cliente de Dachau. No lo dicen así. Guarda las formas. Aunque no demasiado. Se les ve el rabo. ¡Y tanto!

¿Me permiten ustedes la transcripción de un chiste? Tal vez les sea familiar y archisabido. No importa. La cosa era un emigrante celtibérico que se ganaba el jornal en una fábrica alemana. «Lo nuestro eran cochecitos para niños. Pero las piezas, combináseles como las cobinases, siempre daban una ametralladora.» El «milagro alemán» de aquel ministro gordo que no recuerdo cómo se llama, ¿era eso? Probablemente, no. El indicio jocoso no es de desdeñar, sin embargo. Y otro chascarrillo. No recuerdo quién me lo contó. Era un judío milagrosamente escapado del Gran Pogrom, que regresó a Alemania para arreglar algunos papeles y marcharse en seguida. Un su amigo ario intentaba retenerle. Hitler murió; se acabaron las SS; todos somos liberales. El semita, con estudiada displicencia, alegó: «Sí, sí... Pero mañana volveréis a las andadas, y nos llevaréis a las cámaras de gas a los judíos y a los barberos...» El otro saltó en seguida: «¿Por qué a los barberos?» El rasgo de humor, y de humor negro, pone la piel de gallina. El viquingo no-hitleriano había reaccionado espontáneamente: ¿el barbero? Ni por un instante pensó en el judío: un penoso automatismo «social» seguía funcionando en su interior. Y «sin non è vero...».

No hay que engañarse. Después de tantos años del hundimiento del III Reich, cuando ya los supervivientes de las generaciones nazis deben estar llenos de alifafes y establecidos en un «gagá» insoluble, los resortes mentales —y los políticos, por descontado— de la antigua violencia no parecen haber agotado sus posibilidades ni su avidez. Bajo otras etiquetas, con nuevos pretextos, la actitud no ha cambiado en exceso. Entre nosotros, la historia puede fácilmente repetirse. En el panorama de la futura «democracia» que están cocinando ya se detectan síntomas alarmantes. Quizá sea verdad aquello de que uno termina semejándose al enemigo que combate. No sé. No me convence la explicación. Me inclino por otra; los hábitos profundos

del comportamiento cívico —y del comportamiento familiar, y cultural, y lo demás— se aprenden y se heredan desde unas situaciones muy concretas. Variará la superficie doctrinal, y hasta la buena voluntad será indiscutible, pero la rémora conservará su vigencia inconsciente. O no tan inconsciente, si bien se mira. Estén ustedes al tanto. Lo que se avecina no son tortas y pan pintado. De momento, nos concentramos en el reproche al «bunker». Si Dios no lo remedia, tendremos la oportunidad de comprobar cuánto de «bunker» nos reservan, para mañana, las joviales escuadras de la «democracia». Y que conste que me gustaría equivocarme en el augurio. Pero ¡qué quieren que les diga!

28 - VIII - 1976